



#### CAPITULO IV.

##### VALOR HISTÓRICO DE LAS NARRACIONES MILAGROSAS DEL NACIMIENTO Y DE LA INFANCIA DE JESÚS.

La narración de los orígenes de Jesús tiene un carácter sobrenatural que no se debe debilitar ni disimular. Un gran hecho le domina y forma la trama: la intervención personal de Dios. El Espíritu divino obró en su soberana iniciativa, se revela bajo diversos modos en la conciencia de seres escogidos, les llama, les ordena, los mueve á su albedrío, y ellos ejecutan libremente sus voluntades.

El que no quiere ver, en este momento único de la historia, más que el juego de las fuerzas de la naturaleza y de la humanidad, no penetrará jamás el misterio de Cristo, porque él olvida á Dios, la fuerza motriz suprema que plega á la naturaleza y á la humanidad para asociarlas á sus designios.

Todos los adversarios del milagro, los partidarios de la ciencia exclusiva,—racionalistas, panteístas, materialistas, positivistas ó escépticos,—proscriben de la historia y tratan de le-

yenda ó de narración poética el Evangelio de la infancia, tal como San Mateo y San Lucas nos lo han referido; ellos no velan en esas narraciones más que un hecho ordinario, embellecido, como todos los nacimientos de hombres ilustres en la antigüedad, por el sentimiento y la imaginación.

El hecho ordinario, el único histórico, según su sistema, se mantiene en una línea: Jesús nació, bajo Augusto, en Palestina.

El examen más atento y más concienzudo de las obras en donde esta crítica se ha formulado, no descubrirá el menor argumento "histórico" contra los hechos que he referido conforme á los documentos originales. La oposición que ellos levantan es, en el fondo, puramente dogmática. Ellos suponen la intervención personal y sobrenatural de Dios, y, desde entonces, ellos no sabían hallar gracia ante los sistemas de filosofía que suprimen esta intervención. Semejante crítica tiene juntamente el valor de los sistemas que ella invoca; ahora, esos sistemas, á pesar del valor de la opinión, no tienen ningún derecho de darse como la expresión de la verdad, porque ellos pueden estar convencidos de error por la misma razón; y siempre me he preguntado cómo los historiadores, cuyo deber es referir los hechos debidamente atestiguados, se permiten plegarlos violentamente á sus teorías? Esto no es cambiar los papeles? El hecho documentado es indiscutible, la teoría es del dominio de las cosas dudosas. No incumbe á nuestra filosofía el ordenar los hechos, á los hechos pertenece el ordenar nuestra filosofía.

El único hecho histórico contra el cual la razón pudiera ser invocado victoriosamente, es aquel que implica contradicción y que choca con el principio de causalidad; un hecho inconcebible y sin causa repugna, ni existe ni puede existir. Los filósofos que han tratado de absurdos á los hechos evangélicos no los han juzgado sino bajo el punto de vista de sus sistemas y no conforme á los principios primeros, esenciales, evidentes, de la razón humana. A la razón incorruptible es á la que se

debe apelar contra la tiranía de esta crítica estricta, arbitraria y violenta.

Basta, para que los hechos milagrosos tengan el derecho de tomar lugar en la historia, que ellos sean concebibles y que se apoyen sobre testimonios dignos de fe. Ahora, esos hechos son concebibles, puesto que tienen en la fuerza, la sabiduría y la bondad de Dios una razón de ser suficiente; están certificados por testigos competentes que los atestigüen con la sinceridad de su conciencia? He aquí la gran cuestión.

Nadie recusará la autoridad histórica del tercer Evangelio<sup>1</sup> al cual debemos todos los detalles de la concepción y del nacimiento de Jesús. San Lucas se explica en un prólogo, en términos formales, sobre su plan.<sup>2</sup> El no recoge, cerrados los ojos, á las tradiciones vagas ni leyendas, consigna hechos; ha seguido desde el origen, con exactitud y con cuidado, á fin de escribirlo con orden y de enseñar á Teófilo la verdad de las cosas sobre las que ya ha sido catequizado. ¿Cómo suponer que este escritor cuidadoso y concienzudo haya engañado ó sorprendido la buena fe de Teófilo y de todos aquellos que le leerán, mezclando á la historia real, narraciones fantásticas, poéticas, legendarias? ¿Qué crítica imparcial se arrojaría el derecho de rehusar semejante testimonio y de recusar hechos por la sola razón que ellos exceden al círculo siempre estrecho de sus propios pensamientos? Un sistema de filosofía no es la razón misma, está sujeto á controversia y puede ser erróneo; mientras que la razón, con sus principios fundamentales, es infalible. La historia de los orígenes de Jesús, según los Evangelios, puede chocar á un sistema, ella no tiene más que á la razón, en sus principios esenciales, no la puede recibir.

Algunos críticos han ensayado poner en duda la autenticidad de los dos primeros capítulos de San Lucas. ¿En qué se apoyan? Esos capítulos están anunciados en el prólogo mismo: "Yo he seguido todo, con cuidado, desde el origen," escribe

<sup>1</sup> Véase la Introducción, págs. XVI y sig.

<sup>2</sup> Luc. I, 34.

el autor;<sup>3</sup> y ellos se encuentran en las primeras versiones, como en los más antiguos manuscritos. A mediados del segundo siglo, es verdad, Marcion los ha desechado: él no quería para Cristo sino á un puro "Eon," superior á todas las vicisitudes del nacimiento, del dolor y de la muerte, no teniendo de la humanidad mas que la apariencia; por eso San Justino, Tertuliano, Epifanio, reprochan vivamente á Marcion la mutilación de San Lucas. También es verdad que los cánticos de María,<sup>4</sup> de Zacarías,<sup>5</sup> y de Simeón,<sup>6</sup> están sembrados de hebraísmos y ofrecen ciertos rasgos de un espíritu judaizante poco en armonía con el carácter pauliniano del Evangelio; pero esos rasgos son más bien pruebas inesperadas de autenticidad, porque ellas revelan las fuentes privadas en las que ha bebido el autor para redactar hechos que datan ya de medio siglo y que fueron consignados bajo la emoción misma de los acontecimientos. Los Judíos contemporáneos de San Lucas no hablan y no piensan como las piadosas familias de los tiempos de Zacarías y de Simeón.

Por lo demás, San Lucas estaba bien colocado para informarse respecto á la historia evangélica. Se conocen, según las "Actas" sus relaciones íntimas con Pablo, su residencia en Antioquia, su patria, y en Cesarea, en donde recibió la hospitalidad del diácono Felipe; y sin recordar su viaje á Jerusalem, en donde frecuentó á los Apóstoles, es evidente que ha debido encontrarse en relación con la madre de Jesús y la familia de Juan Bautista.

Tal es la fuente en donde ha bebido los detalles preciosos que él nos refiere.

Entre todos estos testigos, hay uno que excede á los demás, María, la madre de Jesús. Según San Lucas,<sup>7</sup> ella guar-

<sup>1</sup> Luc., I, 3.

<sup>2</sup> Luc., I, 46 y sig.

<sup>3</sup> Luc., I, 68 y sig.

<sup>4</sup> Luc., II, 29 y sig.

<sup>5</sup> Luc., II, 19, 51.

dó en su corazón las palabras que escuchó y las escenas en las que ella representó el primer papel. ¿Esta mujer había guardado sellados sus labios y rehusado á los discípulos, á los amigos, la confidencia de los misterios en los que ella había sido mezclada? ¿Quién lo creerá? En su discreción, delicadamente subrayada por San Lucas, ella ha sabido esperar, en verdad, la hora de Dios; pero llegada esta hora, ella ha hablado, y tenemos en el tercer Evangelio su propio testimonio.

Si leyendas sin realidad histórica, narraciones inspiradas por la imaginación y el sentimiento de los discípulos, se habían formado respecto á los orígenes de Jesús, de su cuna y de su infancia, no es admisible que ninguna protesta se haya levantado y que la madre de Cristo se haya convertido, por su silencio, en la cómplice de esos mitos y de esas poesías mentirosas.

Es preciso señalar, sin embargo, en el seno de la Iglesia primitiva, la secta de los Ebionitas, esos judeo-cristianos adversarios obstinados del espíritu nuevo del Evangelio, pertinazmente afianzados á las observancias judías, esclavos de la letra que mata, enemigos irreconciliables de San Pablo de quien niegan la misión y abominan la doctrina antilegal. Los Ebionitas han negado la concepción y el nacimiento milagroso de Cristo; pero su negativa no ha hecho más que dar más peso á la narración de San Lucas, cuya intención expresa era afirmar contra los disidentes la verdad de estos hechos divinos.

Fuera de ellos, una sola contradicción se ha levantado, en la antigüedad, contra la historia evangélica de los orígenes de Jesús: es una injuria salida del odio que ha perseguido sin tregua la obra de Cristo, un ultraje á la pureza de la cuna de Jesús; la injuria y el ultraje han sido recogidos por Celso, \* ellos no merecen el honor de una refutación ante toda conciencia honrada. La santidad del Evangelio protesta contra esta odiosa calumnia. Se la ve reaparecer en Alemania, en ese mismo

\* Cl., *Talmud.*

2 Orígenes, *Contra. Celso*, I, 30.

siglo, bajo la pluma de diversos escritores. <sup>1</sup> Un Judío francés, \* no tiene temor de reproducirla, sin haber logrado más que los demás en darle algún crédito, tanto se muestra ella injuriosa y arbitraria, inverosímil y chocante.

El mito y la leyenda, en verdad, germinan á porfía respecto á los orígenes de Jesús, como en rededor de los genios que han herido vivamente al pensamiento y al corazón del hombre; pero esas creaciones de la fantasía y del sentimiento esperan para producirse, que el tiempo y la distancia hayan cubierto de sombra á los hombres y á las cosas; ellas temen mucho al ojo vigilante de los testigos y no crecen sino sobre sus tumbas. Si se quiere cosecharlos á plenas gavillas, no es en los Evangelios canónicos en donde es preciso buscarlos, sino en los numerosos apócrifos del segundo, tercero, cuarto y quinto siglos. <sup>3</sup>

Que se compare á esos libros anónimos con el texto de los Evangelios: los primeros son frecuentemente pueriles y bizarros, llenos de lo maravilloso y de cosas inconcebibles; el otro está escrito con una pluma pura, tranquila y viva; ahí todo es grave y sobrio, positivo y preciso, los personajes están marcados con un rasgo vigoroso, las situaciones no tienen nada de vago y de incoherente, los discursos concuerdan con los personajes; el cuadro resalta en poderoso relieve, lleno de armonía y de originalidad.

Nada que recuerde las fábulas paganas de la intervención sospechosa de los dioses y de las diosas en los hechos de los héroes ó de los grandes hombres; nada que denote el genio judío, tan poco abietto al ideal de la virginidad. La narración del origen virginal de Jesús no se explica sino por la misma realidad; no es de esta manera como la imaginación sueña é inventa.

<sup>1</sup> Venturini; Barth, *Die natur. Geburt. Jesu. v. Naz. histor. bearbeitet.*

<sup>2</sup> Salvador.

<sup>3</sup> Cl., en el *Diccionario de los apócrifos*, t. I., pequeña edición: *El Evangelio de la Infancia; el Protevangelio de Santiago; la Historia del nacimiento de María; la Historia del nacimiento del Carpintero José*, etc.

No se puede menos de reír, al ver la manera con que la escuela mítica ha considerado la formación de toda esta historia. El procedimiento es sencillo y sumario. ¿Un hecho presenta un punto de contacto con el Antiguo Testamento? he aquí el núcleo en cuyo alrededor se construye la leyenda. ¿Trátase en Isaías de una virgen que concebirá? esa palabra ha creado por "epigénesis" la leyenda de la Anunciación. La estrella de Balaam ha creado también la estrella de los magos, gracias á la aproximación ingeniosa del versículo del Libro de los Números<sup>1</sup> con el versículo de un salmo que dice que los reyes de Arabia y de Saba vendrán á ofrecer presentes al libertador de Israel.<sup>2</sup> La madre de Samuel entona un cántico de acción de gracias.<sup>3</sup> La madre de Jesús debía de cantar el suyo. Y así de lo demás. El Antiguo Testamento y la mitología son la mina de donde sale la leyenda, la fantasía piadosa de los fieles es el artista que la construye, la Iglesia crédula y cómplice es el medio en donde ella se propaga.

Cuando los puntos de contacto faltan en el Antiguo Testamento, se hojea la historia profana. Para explicar la presencia de los pastores cerca de Jesús naciente, se apela á los mitos grieco-romanos de un Remo y de un Rómulo alimentados por los guardianes de los ganados.

Es extraño que el mundo haya esperado diez y ocho siglos para ser claro en la narración evangélica de los orígenes de Jesús.

Esta explicación poética y mítica no inspira confianza alguna; llegada muy tarde, ella tiene el estilo de un expediente destinado á sacar de dificultades á aquellos á quienes ofusca el milagro.

Si todavía se sorprendiera á esas narraciones en su nacimiento y en su génesis, si se nombrara á los autores de esas

<sup>1</sup> Números, XXIV, 17.

<sup>2</sup> Salm., LXXI.

<sup>3</sup> 1, Reyes, I, 2.

fantasías cuya belleza se admira, el sentido divino y la frescura ideal; pero nada, ningún documento, ningún hecho, siempre hipótesis arbitrarias y frecuentemente inverosímiles. Las figuras del Antiguo Testamento, el sentimiento cristiano mezclado á las esperanzas mesiánicas, la necesidad de glorificar á Cristo amado y desaparecido, he aquí lo que ha obrado todo mágicamente en la conciencia popular.

Los Evangelios afirman, en diversos párrafos, que la madre de Jesús conservaba en su memoria y repasaba en su corazón las palabras escuchadas, las escenas verificadas á su vista: se desprecia este elemento; él es del todo esencial, y ningún historiador tiene el derecho de sospecharle. ¿Por qué, desde entonces, no se ve en las narraciones evangélicas la confianza de esta mujer? Mejor que nadie las madres saben acordarse; su ternura no olvida nada; todo lo que se relaciona con el niño concebido, alimentado, educado por ellas, se graba en su alma profundamente.

La escuela mítica ha ensayado también esta sublime historia bajándola al nivel de las fábulas griegas y de las fantasías hindous.

Ella ha recordado lo que se refería de Platon que él habla nacido del comercio del dios Apolo con Pericciona, su madre; que Rómulo pasaba por ser el hijo de Marte; y Cesar de Venus; si Dios se había hecho hombre en Cristo, una secta boudhista no enseñaba las siete narraciones de Krichua? Y Cakya-Monni, el reformador de la religión de brahmanes, no se habla hecho dios, según los libros sagrados del boudhismo? Una diosa virgen no había asistido en su nacimiento terrestre? Aun hoy mismo, el jefe de la jerarquía boudhista en el Thibet, no se da como una divinidad encarnada?

Lejos de debilitar la historia evangélica, esas comparaciones la justifican, ellas atestiguan con una aspiración universal que no podría estar alucinada, porque ella tiene á Dios por principio, y los deseos inspirados de Dios son la profecía de lo que debe ser. La tendencia general de la humanidad de hacer

intervenir á Dios en el génesis de los grandes genios no ha hallado su objeto perfecto sino en el génesis de Jesús.

Los más moderados entre los adversarios del valor histórico de esas páginas, visiblemente embarazados por lo sobrenatural de que ellas están llenas,—la intervención de Dios, la aparición de ángeles, los sueños reveladores, los discursos proféticos,—han afectado distinguir el fondo y la forma. La forma no es más que un velo poético artísticamente tejido por los primeros cristianos para cubrir la idea de la naturaleza divina de Jesucristo. Ese dogma que, en la enseñanza y en el concepto de todos los escritores apostólicos, ocupa sin contradicción el lugar más importante, ha sido formulado, según esos críticos, según los medios y el tiempo, de una manera alternativa, vaga ó precisa, popular ó sabia, poética ó teológica: aquí tenemos la fórmula poética y popular. Sólo importa el fondo, la forma puede ser considerada bajo el punto de vista crítico, pero es preciso guardarse de tocarla muy de cerca.

Ese sistema tímido sacrifica sin motivo el valor histórico de los hechos, la realidad oculta bajo la fórmula del dogma; comete además el error grave de ver en esta fórmula una verdad que no está ahí contenida necesaria y lógicamente. En efecto, no es la "naturaleza divina" de Jesús la que ahí está enseñada, sino su "origen divino." Jesús podía ser Dios y hombre, sin ser concebido de esa manera; podía ser concebido así, sin ser Dios y hombre. En realidad, conforme á la teología católica, él nació por obra del Espíritu Santo, y él posee, en la unidad de una misma persona, la naturaleza de Dios y la naturaleza del hombre; pero esos dos hechos no se derivan necesariamente el uno del otro; y por lo mismo no se podría ver en la narración del primero la fórmula que indica ó expresa el segundo.

En vano se buscaría en todas las literaturas sagradas y profanas una página en que la poesía y la historia, lo ideal y lo real, lo humano y lo divino, se hayan elevado más alto en un acuerdo perfecto.

Todo se contiene en esas narraciones; el conjunto y los detalles se arreglan con orden, en una bella y fuerte unidad; los rasgos suministrados por San Mateo se agregan á la historia de San Lucas y ensanchan sus horizontes. La estrella misteriosa parece indicar que las revoluciones astronómicas, midiendo la vida del universo, se coordinan con las transformaciones de nuestro pequeño mundo, y sus jefes misteriosos venidos del Oriente, de una tierra pagana, dejan sospechar que las esperanzas de un Salvador no eran el patrimonio exclusivo de una raza, y que su acción debía extenderse á la humanidad entera.

Jesús es el Hijo de Dios, pero nace en un establo, como un niño pobre; él no tiene para reconocerle sino pastores judíos, pero todo el cielo está de fiesta sobre su cuna, en la noche en que él vino al mundo. Un instante, á la llegada de los magos, la ciudad real se conmueve; pero apenas esta gloria terrestre ha resplandecido, cuando el niño amenazado está condenado á huir; y la sangre de aquellos que han nacido al mismo tiempo que él, corre á torrentes sobre esta tierra en la que él es perseguido.

Todos esos contrastes se continuarán en la vida de Cristo, y en su obra á través de los siglos, en el seno de la Iglesia fundada por él: ellos repercuten, ellos prolongan la antítesis prodigiosa y fundamental que es todo el misterio de Jesús y que San Juan ha expresado en una palabra: "El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros."<sup>1</sup>

La leyenda no conoce semejantes armonías; esos sueños incoherentes no chocan solamente con lo verosímil, ellos ofenden á la razón; ella se complace en lo arbitrario y la alegoría, en lo maravilloso y lo excéntrico. En los hermosos tiempos del paganismo, ella otorgaba á los dioses las debilidades y pasiones del hombre; en los tiempos que siguieron al cristianismo, ella presta á Dios mismo las fantasías del cerebro humano.

<sup>1</sup> Juan, I, 14.

Que se coloque en el mismo ramo á los apócrifos y la mitología de los Griegos, de los Romanos, de los Hnídous, y los hechos maravillosos de la historia de Mahoma: sea; un crítico independiente no podría tratar así á los Evangelios canónicos y á la historia de la infancia de Jesús.

Los discursos que se mezclan á estos hechos contribuyen á defenderlos y revelan su carácter divino.

El espíritu profético se despierta, él toma la gran tradición de los videntes desaparecidos; rompiendo el círculo estrecho en donde se sofocaba á la piedad judía, franqueó las barreras de ese formalismo ciego en el que los doctores y los jefes de la religión tenían esclavizados al pensamiento y al sentimiento religioso. Las promesas antiguas de Dios están comprendidas en su grandeza; el trono de David será exaltado; pero es el Hijo de Dios quien le ocupará con un reinado sin fin; Israel será consolado y salvado, pero los que están sentados en las tinieblas y la muerte, los paganos abandonados, no serán olvidados; no es Israel quiea reinará, es Dios, y las entrañas de su bondad se enternecerán sobre toda criatura.

La conciencia popular no era capaz de abrirse á esas inspiraciones como la conciencia de los doctores y de los sacerdotes. Es preciso cegarse para no ver ahí el signo resplandeciente del Espíritu y de la palabra de Dios. La del hombre, por grande que sea, no puede llegar á esta sublimidad y á esta penetración, abrirse un camino en el corazón mismo de la humanidad, penetrar el porvenir con esta certidumbre y grabarse en la memoria de los hombres, tan profundamente que á través de los siglos, se la encuentra todavía ardiente y siempre viva en los labios de aquellos que adoran, piden, sufren, aman y esperan.

Está ahí una marca intrínseca del valor histórico que el Evangelio sólo posee, y que guarda inviolables, sobre toda sospecha, esas páginas de la infancia de Jesús.



## CAPITULO V.

### ADOLESCENCIA Y JUVENTUD DE JESÚS.—SU EDUCACIÓN.

La vida de Jesús, niño y adolescente, en Nazareth, se refiere en dos palabras: el crecía, él obedecía.<sup>1</sup> Obedecía á su padre y á su madre; "crecía en sabiduría, en gracia y en edad, ante Dios y ante los hombres." Nada de extraordinario, nada deslumbrador, nada que salga en apariencia de las leyes de la humanidad. El se desarrolla físicamente como todos los niños, y muestra de año en año, la inteligencia y las virtudes, la fuerza y el encanto que convienen á su edad. Ningún obstáculo estorba este crecimiento perfecto. Las pasiones al despertarse, tienen un tumulto, una efervescencia que turban la armonía del sér humano; ellas están en equilibrio en el alma de Jesús. El mal, bajo ninguna forma, no ha ofendido "á Aquel que ha nacido santo,"<sup>2</sup> y en quien "habita substancialmente la plenitud de Dios."<sup>3</sup>

<sup>1</sup> Luc., II, 51, 52.

<sup>2</sup> Luc., I, 37.

<sup>3</sup> Epíst. á los Coloss., II, 9.

La materia en él está penetrada por el alma que la domina y la transfigura, y el alma por el Espíritu de Dios que la llena y la diviniza. Ninguna psicología podrá comprender las irradiaciones de Dios en el alma de Jesús, y ninguna ciencia jamás comprenderá toda la belleza de su cuerpo vibrante y creciente bajo los rayos y los impulsos de una alma que lo infinito desarrolla toda entera con su inspiración y su virtud.

El es el niño, el adolescente ideal, como será más tarde el hombre ideal. Entre él y los hijos de la tierra, hay esta diferencia: los mejores entre nosotros aspiran á la perfección á la que nunca llegan, él realiza el tipo absoluto.<sup>1</sup>

La unión total, personal, de la naturaleza humana y de la naturaleza divina le dan la intuición de la verdad infinita, la posesión del amor infinito;<sup>2</sup> pero ella no impedia en su razón, el desarrollo del conocimiento experimental,<sup>3</sup> el ejercicio progresivo de las virtudes, el esfuerzo de la voluntad, las fatigas del cuerpo, el trabajo y el dolor. Este es el patrimonio esencial del hombre terrestre, Jesús le ha quitado todo entero con sus debilidades, su miseria y su mortalidad; su unión con Dios no le libertó más que del pecado y de la imperfección.

Los modos más diversos pueden existir simultáneamente en el alma, sin excluirse y sin destruirse; la intuición es compatible con el conocimiento experimental, las alegrías divinas se unen á las angustias sin nombre, y los combates violentos á una inalterable serenidad.

Jesús fué educado como todos los Galileos de su edad, en la pequeña ciudad de Nazareth.

Niño, tomó parte en sus juegos tranquilos. Joven, ha debido mezclarse con sus compañeros, sentarse en medio de ellos, vivir como su vida; él les admiraba por su sabiduría, pero él tenía la radiación de la bondad, el encanto de las almas dulces y humildes.

<sup>1</sup> Cf. Thomas, *Lum.*, 3<sup>a</sup> P., Qn. XV.

<sup>2</sup> Cf. *Id. Id.*, 3<sup>a</sup> P., Qn. XV, art. 10.

<sup>3</sup> Cf. *Id. Id.*, 3<sup>a</sup> P., Qn. XII.

En nada se asemejaba á nuestra educación moderna la educación del joven Israelita, en Judea, en tiempo de Herodes. La escuela pública desempeña un papel preponderante entre nosotros, ella educa al niño en la casa paterna, desde los diez hasta los veinte años, para entregarlo al maestro; ella no existía aún entre los Judíos. Sólo Jerusalem poseía una escuela popular que se llamaba "Beth-Hassepher," la casa del Libro. Establecida, un siglo antes de Jesús, por el Fariseo Simón Ben Schetach, <sup>1</sup> ella fué el modelo de aquellas que, en el año 64, fueron fundadas en todas las ciudades y en todas las aldeas, por orden del gran sacerdote Jesus Ben Gamala.<sup>2</sup>

El niño judío se educa en la casa paterna, en la sinagoga, en el taller. En la casa, recibe los consejos del padre y de la madre; en la sinagoga, aprende á leer la Thora; en el taller, se forma un estado.

La educación doméstica, entre los Judíos, exclusivamente religiosa y patriótica, se concentraba en la Ley, la moral y la historia; su objeto era formar la conciencia, grabar en ella la Ley de Dios, la fidelidad á sus preceptos y el amor de la nación; ella ha sido el honor y la fuerza de su pueblo, el más tradicional que existe en el mundo. En el propio lugar es en donde se enciende el patriotismo en el alma del niño; del corazón del padre y de la madre es donde ella adquiere, con el temor de Dios, el conocimiento de los mandamientos divinos y se inicia al genio religioso de Israel, á sus grandes destinos.

La educación se imponía á los padres como un deber sagrado. El hijo, el primogénito, era para ellos las primicias del vigor del padre<sup>3</sup> y la señal de la bendición de Dios; una familia sin posteridad les parecía abandonada ó maldita: por esto, entre los padres y los hijos, este amor que ha dado á las familias Israelitas una constancia que jamás han conocido los paganos. El Romano tenía el derecho de matar, de deshere-

<sup>1</sup> Talmud Hierosol., Ketuboth, VIII, 11.

<sup>2</sup> Talmud Babil., Bababath, 21, 2.

<sup>3</sup> Deuter., XXI, 17.

dar y de abandonar á sus hijos, el Judío estaba religiosamente obligado á vigilarles por el mayor interés de la familia y de la nación, que cifraban su gloria en el número y la piedad en sus descendientes.

El legislador hebreo no cesa de exhortar sobre todo al padre que instruya á su hijo, en su casa, en la mesa y en el viaje, respecto á los mandamientos y beneficios de Dios, y vice-versa, ordena á los hijos honren á sus padres. Ese precepto viene en la Ley inmediatamente después de los deberes para con Dios.

La obediencia será bendecida, la rebelión castigada de muerte.

Es preciso leer en los Proverbios <sup>1</sup> las exhortaciones que la Sabiduría de Dios dirige al niño para que escuche la instrucción del padre y no rehace la enseñanza de su madre. Ninguna moral dogmática aspira más ternura y respeto.

La habitación en la que creció Jesús se parece á las que habitan hoy los Arabes de Palestina. El tipo de la casa oriental no ha cambiado á través de los siglos, es de forma cuadrada, de tierra ó de piedra; las paredes no son frecuentemente más que un tosco bardal, revestido de arcilla amasada, secada al sol y blanqueada con cal. Su techo es una terraza revestida de una balaustrada; ahí se sube por afuera por una escala movable ó por una escalera fija en la muralla. Ahí es en donde se encuentra la cámara alta, el lugar de la oración, y en la que se constituye, durante la estación cálida, una pequeña choza de hojas ó de cañas, en la que se duerme por la noche.

La habitación no tiene más que una ó dos piezas, y frecuentemente más abertura que la puerta; un patio estrecho la precede, rodeado de una barda de piedra sin cemento ó de hacedillos secos. En uno de los ángulos del patio, cerca de la puerta, el horno para cocer el pan,—pequeña rotonda de arcilla;—una tapa móvil la cierra, y pedernales sobre los que se extiende la pasta tapizan el fondo.

<sup>1</sup> Proverb., I, 8; IV, X; y passim.

El mueblaje es primitivo: algunos escabeles, una mesa, cojines extendidos á lo largo de la pared, colchones y esteras, un candelero, una lámpara de aceite en un rincón del muro, un ancho cofre para la ropa y los vestidos, una medida de ácidos, algunas armas, la muela de basalto para el grano. La chimenea ó más bien el hogar está colocado algunas veces en medio del cuarto; en la puerta de cada habitación, una cajita alargada, la "mezuzá," está suspendida, encerrando un rollo de pergamino sobre el que están escritos dos fragmentos de la Ley, traídos del Deuteronomio. <sup>1</sup>

La casa del carpintero fué la primera, la verdadera escuela de Jesús; ahí creció entre su padre y su madre, aprendió de ellos á leer las Escrituras, escuchó de su boca los preceptos de la Ley y la historia de su pueblo. Este niño, que se sentía y sabía que era el Hijo del Padre celestial, quiso recibir de un padre y de una madre terrestres las órdenes, las enseñanzas de Dios, y ser iniciado, como todos los niños, en la vida y en el conocimiento humanos. <sup>2</sup>

Jesús fué el primogénito, el hijo único de su madre; aquellos á quienes el Evangelio llama sus hermanos y sus hermanas no eran, en realidad, más que sus primos maternos, pues ellos tenían por padres á Cleofas, y por madre á María, hermana de la madre de Jesús, <sup>3</sup> ellos eran de la misma familia, de la misma tribu, de la misma sangre que él, y él vivió en medio de ellos. El parentesco de Jesús no parecía estar iniciado en las esperanzas que descansaban sobre su cabeza y que resplandecían directamente en el hogar de José y de María. Conforme á las grandes manifestaciones de Dios, la sombra y el misterio habían cubierto al adolescente predestinado. Sometido á la condición humana, él seguía todas las leyes. Sólo la fe, iluminada por inefables recuerdos y por el espectáculo cotidiano

<sup>1</sup> Deut., VI, 5-19. XI, 13-20.

<sup>2</sup> Cf. Suum., 3<sup>a</sup> P., Q. XII, art. 3. ad. tert.

<sup>3</sup> Mateo., XIII, 55; XXVII, 56;—Marc. VI, 3; XV, 40.



de las más exquisitas virtudes, mostraba á los parientes de Jesús lo que había en él de extraordinario y de divino.

Ellos recitaban reunidos los salmos, oraban por la redención de Israel y la salvación de las naciones, y frecuentemente José y María debieron interrogar á la frente de Jesús, para escrutar los designios de Dios, los caminos austeros que seguiría su sabiduría en el cumplimiento de su grande obra. Ellos les adoraban sin conocerlos aún; Dios no da su claridad sino en el momento querido; las almas que viven de él se abandonan á su providencia, comprimiendo la inspiración del deseo y esperando con serenidad que se levante el día de Dios.

Pero para nosotros, esta vida de la familia la más santa, ese misterio de Nazareth, permaneció velado.

El Joven Israelita completaba su educación en la sinagoga. Desde Esdras, cada aldea tenía la suya,—á menudo una sencilla pieza, sin adorno ni arquitectura, orientada hacia la santa Salem. En un armario cubierto por una cortina de color vivo, que recuerda el velo del Templo, está depositada la Thora. Delante del sello de pergamino sobre el cual ella está escrita, una lámpara, parecida á las de nuestras iglesias, arde sin cesar. En medio de la sala está la cátedra del alto de la cual los siete lectores, tres veces cada semana,—el sábado, el lunes y el jueves,—vienen á leer los pasajes de la Ley y un fragmento de los Profetas. Desde ahí es donde el lector interpreta, en lengua armenia, los versículos que han sido leídos, y que el presidente, ó aquel á quien él ha designado, recita las bendiciones finales á las que el pueblo, de pie, vuelto hacia el Templo lejano, responde con los "Amén" repetidos con voz fuerte. Sobre los bancos, cubiertos de esteras ó de cojines diferentes, á lo largo de los muros ó al rededor de la cátedra, los asistentes peinados con el "taeth," con largos penachos de cuatro picos, están sentados, orando en voz baja, moviendo á compás el tronco y la cabeza.

Las mujeres separadas de los hombres, comunmente están

en la puerta, de pie, con sus hijos pequeños en los brazos, siguiendo en silencio la oración de la asamblea.

La sinagoga de Nazareth vió á Jesús y á los suyos; á ella asistían, el sábado y los demás días prescritos; como Israelitas piadosos, ellos debían orar ahí en la mañana, á medio día y en la noche. Los que querían leer la Ley les agradaba sentarse delante del armario en donde estaban guardados los ejemplares, y el "Hasan" les comunicaba el rollo sagrado. Verosímilmente, Jesús iba frecuentemente, en su juventud, á orar ahí y á meditar esta palabra de Dios que estaba llena de él y de la que él sólo debía, algún día, revelar el misterio. Sentado en la sinagoga, cubierta la cabeza, los rollos sagrados sobre las rodillas, él pudo leer en las Escrituras su propio destino escrito de antemano por los profetas, seguir la evolución del plan de Dios en la humanidad, admirar la obra de la redención, y prepararse en silencio, desconocido de todos, al cumplimiento de las voluntades de su padre.

Pero ningún rabí pudo reclamarle por discípulo. "Aquel en quien Dios habitaba" no necesitaba de maestro: su único, su verdadero maestro fué el Dios vivo. Nosotros no escuchamos la palabra de Dios sino de lejos, como un eco debilitado, por intermitencias, á través de mil ruidos que frecuentemente la alteran; Jesús la escuchaba siempre, llena, vibrante, clara, inmediata, sin esfuerzo; ella era el manantial continuamente brotante de los tesoros de sabiduría y de ciencia ocultos en él; ella era su propio genio.

La lengua materna de Jesús fué el syro-caldeo.<sup>1</sup> No parece que él haya hablado el griego: la cultura helénica no había

<sup>1</sup> Coloss. II, 9.

<sup>2</sup> Coloss. II, 3.

<sup>3</sup> Aun cuando en tiempo de Jesús el hebreo clásico fué lengua muerta, era familiar á los Judíos. El pueblo hablaba el syro-caldeo, dialecto que era para la antigua lengua hebrea lo que son hoy el griego moderno respecto al antiguo, y el italiano para el latín.

El dialecto popular se dividía en tres ramas: el *judáico*, que recordaba mejor al hebreo primitivo; el *samaritano*, que revelaba una mezcla con el caldeo, y el *syriaco*.

Los Galileos se reconocían por su dialecto propio; ellos no usaban las guturales.

penetrado á la población judía, en Palestina; y en todo caso, la clase popular no sufrió la influencia sino débilmente.

En las asambleas públicas en la sinagoga, Jesús conoció también, por experiencia, las miserias, las irregularidades, las aberraciones y la vana ciencia de los doctores de su tiempo; ahí vió á los vanidosos que buscan los primeros lugares<sup>1</sup> escuchó al Fariseo, limitado y soberbio. Se le halla, después de diez y ocho siglos, en la sinagoga de la Jerusalem moderna, tal como Jesús le vió: con el mismo aire arrogante, el mismo ojo duro y altivo; él se cree un sér aparte; él es el maestro; él cree tener toda la ciencia; se le puede interrogar, pero nada tiene que enseñar; tiene su Biblia, como si su Biblia fuese su Dios, y como si él tuviese el monopolio de Dios.

Las primeras impresiones de la adolescencia no se borran; en Jesús, como en nosotros, ellas ayudan á comprender las voluntades, las palabras, los actos de la edad madura.

El Judío en la educación, no despreciaba el lado terrestre y práctico: todo Israelita, á cualquier rango que perteneciera, debía aprender un oficio. "Al padre incumbe la tarea, dicen los Talmud, de circuncidar á su hijo, de instruirle en la Ley, y de enseñarle un estado."<sup>2</sup> En esto los Talmud resumen la tradición de las costumbres judías. Los que no daban profesión á sus hijos faltaban á un gran deber; es, dice un Targum, como si se les enseñase el latrocinio.<sup>3</sup> El genio positivo y laborioso de la raza ahí se encuentra por completo. El Judío jamás ha conocido la indolencia, la pereza y esa débil resignación sacada del fatalismo que admira al Europeo respecto del fellah de Palestina. El trabajo es sagrado para él, y el oficio una honra, aun entre los rabís más ilustres: Hillel y Aquiba, dos de los más grandes, eran leñadores; Rabbi-Johanan, zapatero; Rabbi-Isaac Nanacha, herrero; Jesús, hijo de obrero,

<sup>1</sup> Mateo, XXIII, 6.

<sup>2</sup> *Teraphot*, in *Kidduschim* cap. 1.

<sup>3</sup> *Talmud Babyl.*, *Kidduschim*, 29.

fué carpintero,<sup>1</sup> como José, su padre; él creció en el taller, en el trabajo. Confeccionaba, dice Justino, obras de madera, arados, yugos y balanzas; ayudaba á su padre y vivía con el trabajo de sus manos, como un sencillo artesano.

De un taller es de donde saldrá el verdadero Maestro de los hombres. El permanece, en espera de su día, siendo el modelo de los humildes, de aquellos cuyo nombre no lo sabe la historia, que viven oscuros é ignorados, bajo la vista de Dios. Los años de su vida se suceden, uniformes, todo en ello es silencioso, el dolor y la alegría, el trabajo y la virtud. La inmensa multitud vive de esta manera; y no es una de las menores fuerzas del Cristianismo el poder presentar á la imitación del pueblo á un Cristo obrero consagrado, en su adolescencia y juventud, al trabajo cotidiano, como la mayor parte de los hombres.

El taller entre los Judíos, no formaba parte de la casa. Los comerciantes tenían, en el bazar, sus tiendas; el artesano tenía cerca de su habitación su taller.

La mujer guardaba el hogar en donde ella vivía retirada, mientras que el marido y el hijo iban al trabajo. Ella molía el grano, preparaba la comida, hilaba la lana, tejía los vestidos, iba á sacar el agua á la fuente y á hacer las provisiones al mercado. Se reunían en las horas de la oración y de la comida; se encontraban, los días del sábado y de fiesta en la sinagoga.

Esos detalles de costumbres son toda la vida exterior de la pequeña casa de Nazareth y de la familia de Jesús.

No se comprenderían su fisonomía y su carácter, si, en el estudio de su adolescencia y juventud, se despreciara el medio exterior, la naturaleza en cuyo seno él creció. El hombre es-

<sup>1</sup> La palabra *τετραξ*, aplicada á José, no deja ninguna duda sobre su profesión de obrero en madera. El traductor latino le ha dado por *faber*; y, de hecho, empleada brevemente, sin epíteto, jamás ha tenido entre los autores sagrados y profanos, otro sentido que el de carpintero. Las más antiguas tradiciones así lo han entendido. Cf. *Justin., Diálog. con Tryphon.* C. 88.

ta adherido por lazos muy estrechos al suelo que le ha visto nacer, para no recibir su sello.

Nos parecemos á la tierra que nos guarda. Nuestra imaginación toma los tintes del cielo en el que nuestros ojos se pierden; las almas mejor dotadas son aquellas en quienes se hallan las más profundas armonías con la naturaleza en la que se han desarrollado. Tal escritor de talento guarda, en su estilo, la melancolía de las playas sobre las que ha venido á meditar, al ruido de las olas; tal hombre de acción recuerda las ásperas cimas en donde nació, los torrentes que ha visto saltar. Quien no haya contemplado extensamente el cielo del Oriente, la Palestina, las montañas de Nazareth, el lago de Tiberíades, jamás comprenderá la forma exterior de Jesús, el color que dió á sus pensamientos, las imágenes con que los revistió y la originalidad de sus parábolas.

El leyó por largos años en la naturaleza nazarena como en el libro de Dios. Ahí es en donde él admiró á las anémonas, á los lirios, á los hacecillos de asfodelos,<sup>1</sup> y á la higuera que da en la primavera sus primeros frutos; ahí vió blanquear los trigos,<sup>2</sup> cortar los ramales de la vid para que fuese más fecunda,<sup>3</sup> vagar á las ovejas perdidas,<sup>4</sup> llevar los ganados al aprisco. Ahí es donde vió al chacal desconfiado llegar á su guarida,<sup>5</sup> á las águilas y á los buitres asociarse para devorar su presa.<sup>6</sup> Ahí vió enrojarse al sol por la mañana y por la tarde, en señal de calma ó de tempestad,<sup>7</sup> desbordarse á los torrentes que arrastran á la casa mal edificada.<sup>8</sup>

En vano se buscaría un rincón de tierra más tranquila y más dulce, más oculto y más luminoso, más recogido y más abier-

1 Mateo, VI, 28; Luc., XII, 27.

2 Cant., II, 13.

3 Juan, IV, 35.

4 Juan, XV, 2.

5 Luc., XV, 46; Juan, X, 1, etc.

6 Mateo, VIII, 20; Luc., IX, 58.

7 Mateo, XXIV, 28; Luc., XVII, 37.

8 Mateo, XVI, 3.

9 Mateo, VII, 47; Luc., VI, 49.

to. Cuando se sube á una de las colinas que rodean á la pequeña ciudad, aquella por ejemplo que domina hoy al Ouady Nabi-Said, el espectáculo es grandioso, ilimitado. He aquí por el Norte las altas montañas de Galilea, y detrás de ellas, siempre al gran Hermon resplandeciente de nieve, solitario en el cielo. Al Este, el Thabor levanta su soberbio pedestal, y la cadena de los montes de Adjloum ostenta sus pendientes verdosas. Al Sur, el pequeño Hermon, los montes de Gelboé, los de Samaria, y en el fondo del horizonte, las ásperas cimas de Judea. En seguida, el llano de Esdreon se extiende, abigarrado de amarillo, de gris, como una alfombra persa á quien las nubes cubren de largas sombras violáceas. Al Oeste, la cadena azul del Carmelo y la mar más azul todavía que espejea al sol poniente. El mundo entero se despliega bajo la mirada, y se desea representarse á Jesús sobre esa cúspide, orando al Padre celestial y contemplando la tierra inmensa, como al campo que algún día debía conquistar y fecundar.

Respecto á esos largos años de Jesús en Nazareth, los documentos evangélicos guardan silencio. San Lucas ha caracterizado la fisonomía general por algunos rasgos, mas el designio de Dios es que su Cristo quede oculto.

Un solo hecho nos permite sentir lo que pasaba en el alma y en la conciencia de Jesús adolescente.

El duodécimo año marca un período solemne en la vida del joven Israelita. Datando de esta edad, él es tratado como hombre, él mismo responde de sus actos y sale de tutela, se hace miembro de la comunidad de Israel y se obliga á llevar fielmente las prescripciones de la Ley. El Romano revestía la toga viril; el joven Israelita se convierte en hijo de la Thora. Comienza á llevar en la frente y sobre los brazos, en las ceremonias religiosas las filacterias, según el precepto de Moisés. El debe ayunar los días de penitencia, y hacer en las grandes solemnidades,—la Pascua, el Pentecostés, los Tabernáculos,—su peregrinación á Jerusalem.

1 Deut., XI, 18.

Jesús cumplió sus doce años. El había sido presentado por su padre en la sinagoga de Nazareth, se había hecho miembro de la comunidad, y se le había entregado, como á todos los de su edad, en el Sabbat-Tephilin, las correas de la oración.<sup>1</sup>

Sus padres, como todos los judíos piadosos, hacían cada año en la fiesta de Pascua, el viaje á Jerusalem.<sup>2</sup> El los acompañó; fué este su primer paso en la vida, después de los años de infancia, y su primer acto público de sumisión á la Ley.

Esas peregrinaciones á la ciudad santa y al Templo, forman uno de los rasgos de la vida nacional y religiosa del pueblo judío. En las tres fiestas más solemnes, las cuatro rutas que conducen á Jerusalem,—la de Egipto por el desierto, Gaza y Hébron; la de la Perea por el valle del Jordán, Jericó, Bethania y el monte de los Olivos; la que viene del Occidente por Joppé, y la del país de Damasco, del Hauran, del Libano y de la Siria por Sichein,—estaban llenas de largas caravanas.

De todas las ciudades de la Judea y de la Tierra santa, de las más pequeñas aldeas y de los países más lejanos, por todas las puertas llegaban millares de peregrinos. Josefo no avalla en menos de dos millones la multitud que llenaba las calles y los arrabales de Jerusalem por la Pascua.<sup>3</sup> El canto de los salmos acompañaba á la marcha: Ahi había estaciones preferidas. Los Galileos que atravesaban la Samaria se detenían gustosos más allá de Sichein y de los pozos de Jacob, en Ain-el-Aramich, última jornada antes de Jerusalem. El valle, en este lugar se cierra, describiendo un medio círculo. El sendero se confunde con el lecho seco de un torrente que no se llena sino en los días de tempestad. Por un lado, la roca ó pico, de donde corre un fresco manantial; por el otro, la colina en an-

<sup>1</sup> Eran pequeñas banditas de pergamino fijadas por correas sobre los brazos y sobre la cabeza, enseñando los dos pasajes del Deuteronomio (VI, 4-5; XI, 1-21) sobre el amor de Dios y las bendiciones atraídas á la fidelidad de los mandamientos, y otros dos pasajes del Exodo (XIII, 1-10 y 11-16) sobre la Pascua y el rescate de los primogénitos.

<sup>2</sup> Luc., II, 41 y sig.

<sup>3</sup> Bell., Jud., VI, 9, 3.

fiteatro regular como las gradas de un circo; lugar solitario y salvaje, lleno de melancolía. Muchas veces los Israelitas piadosos han despertado los ecos por sus cánticos y sus desos impacientes de ver á Jerusalem y á la casa de Jehová.—“Como la cierva suspira tras las corrientes de agua viva,” cantaban ellos, así, oh Dios, mi alma suspira por tí. ¿Cuándo iré y compareceré ante la faz de Dios?<sup>1</sup>

Después de dos horas de camino, llegaban al fin sobre el monte Scopus, al lugar llamado hoy “Naschevat.” La ciudad santa aparecía entonces de repente, como una visión radiosa; el Templo con su techumbre dorada cubre el Moriah, el palacio de Herodes y los de los grandes sacerdotes se levantan sobre el Sion, todas las cúpulas blanquean por el sol levante, sesenta torres dominan las murallas, como centinelas gigantes que guardan la ciudad del gran Rey. El Scopus, en el que el Nabi-Samuel corona una cima, forma un hemicírculo de rocas y de guijarros de un aspecto gris, desolado, que ciñe severamente por el Norte á la ciudad santa; el monte de los Olivos se levanta al Este, cubierto de cipreses, de cedros y árboles tristes; en el horizonte, del Mediodía, en el primer término, ondulan las montañas de Bethléhem, y, en una lejanía vaporosa, los montes de Moab se funden en la claridad.

La vista de Jerusalem llenaba de una emoción indecible á esos peregrinos, y cantaban, para expresarla, el cántico de los “Grados.”

“Cuán amados son, oh Dios de las virtudes, tus tabernáculos.”

Jesús y la caravana de Nazareth han pasado por ese camino, en la Pascua de 760 ó 762. La fiesta duraba ocho días, del 14 al 21 de Nisan (Abril). Los alrededores del Templo, los pórticos y los patios estaban atestados por la multitud que venía á orar, á sacrificar á Jehová. Los sacerdotes inmolaban á las víctimas, los humildes del pueblo pedían á grandes gritos la redención de Israel, los doctores, los Fariseos y Escribas

<sup>1</sup> Salmo XLI.

discutían la Ley, comentaban sus preceptos, enseñaban sus tradiciones.

Jerusalem, entonces, no era solamente la ciudad del culto, sino uno de los grandes centros de la ciencia religiosa. Dos escuelas adversas dividían á los espíritus: la de Hillel y la de Schammai; la una más tolerante y liberal, relevaba la parte moral de la Ley y la declaraba más importante que el rito; la otra meticulosa y estricta, se apegaba á la letra y quería imponer á todos, agravándola con mil detalles, el fardo abrumador de las prescripciones mosaicas.

La llegada de los rabis extranjeros debía aumentar la animación de los doctores rivales y de sus discípulos; las discusiones eran ardientes, y detrás, bajo el pórtico de los paganos, en "Beth-Midrasch," en donde se reunían los maestros.

Es allí mismo, en el sitio en donde se levanta la basilica construida por Justiniano en honor de la Virgen María, en donde tal vez es preciso colocar el hecho del que San Lucas nos ha conservado el recuerdo.<sup>1</sup>

La fiesta había terminado. Las caravanas abandonaban á Jerusalem; la de los Nazarenos, en la que se hallaban los padres de Jesús, se encaminaba á la Samaria. Ella había llegado á la primera jornada, á Birch, no lejos de Béthel en donde Jacob tuvo la visión de la escala misteriosa y en donde Samuel venía, todos los años, á dar la justicia al pueblo. En la noche, José y María se apercibieron que Jesús no estaba con ellos, en la caravana. Volvieron á Jerusalem para buscarle; y, al cabo de tres días, lo hallaron en el Templo, precisamente en "Beth-Midrasch," sentado en medio de los doctores, escuchándoles, interrogándoles, respondiéndoles. Todos los oyentes se maravillaban de su sabiduría y de sus respuestas.

Los que conocían las costumbres del Oriente, que han visto de cerca á las sinagogas judías ó las mezquitas musulmanas, en la hora en que se enseña, no se sorprenderán de esta

<sup>1</sup> Luc., II, 41 y sig.

escena. Se forma círculo al rededor de los doctores, se toma asiento sobre las esteras, se escucha, se interroga, se responde alternativamente; el adolescente y el anciano se codean, los doctores y los discípulos están acurrucados, con las piernas cruzadas, sobre la misma alfombra, y la palabra es de todos.

¿Cuáles fueron las preguntas de Jesús y las respuestas? Aquel que debía proclamarse el Hijo de Dios y el Mesías esperado, pronunciar el sermón en la montaña, mostrar la vanidad de las observancias judías, traer á todos el Espíritu que salva, ¿dejó brillar un rayo de la sabiduría infinita de la que estaba lleno? La historia no lo dice; pero no es permitido ponerlo en duda. Si el genio humano tiene su precocidad que le descubre, convenía que la sabiduría divina de Cristo tuviese la suya. Lo que más bien sorprende, es la sombra en la que Jesús permanece por mucho tiempo y voluntariamente oculto.

Al verle así, admirado de los más célebres doctores y de la multitud, sus padres se sobrecogieron de admiración. Su madre se aproximó y dijo: "Hijo mío, ¿por qué habéis obrado de esta manera con nosotros? Ved con cuánto dolor vuestro padre y yo os buscamos.

—"¿Por qué me buscáis? respondió Jesús; no sabéis que yo debo estar ocupado en los negocios de mi padre?"<sup>1</sup>

La conciencia de Jesús, en esta palabra misteriosa se descubre por la primera vez: ahí está todo entero con su título de filiación divina, su iniciativa soberana, su vocación celestial. Su vida, en los menores detalles, no será más que el cumplimiento de esta palabra de su duodécimo año.

Ni María ni José comprendieron toda la profundidad.

Jesús bajó con ellos á Nazareth, en donde volvió á tomar su existencia humilde y laboriosa, esperando para producirse, la llamada de Dios.

El hombre es llevado por su propio genio, más de lo que él quiere, sufre las circunstancias más de lo que él las dirige,

<sup>1</sup> Luc., II, 48, 49.

se manifiesta y se hace traición á su pesar; en Jesús, todo obedece á la voluntad del Padre; durante treinta años, salvo el brillo de la escena bajo el pórtico de los paganos, vivirá desconocido, sus compatriotas apenas le notarán, y el Nazareno quizá no atraerá las miradas sino por una irradiación que daba á su persona una gracia y un encanto sobrehumanos.

De la fisonomía de Jesús, los documentos contemporáneos no nos han dejado ningún retrato. Algunos doctores entendían muy á la letra el pasaje de Isaías respecto al servidor de Jehová perseguido, aun le han rehusado la belleza. Si el rostro del hombre refleja lo invisible, Jesús ha debido ser el más hermoso entre los hijos de los hombres. La ley de Dios, velada por la sombra del dolor, iluminaba su frente con un esplendor suavizado, que el arte humano jamás logrará pintar.

Los Griegos, esos maestros de la estética, han dado á Jesús la majestad divina; los latinos, el aspecto conmovedor del hombre de dolor: él tiene también la aureola y el nimbo, la aureola del mártir y el nimbo de un Dios.



## CAPITULO VI.

## VOCACIÓN DE JESÚS.

La vida de un sér superior se explica por su destino, y su destino por su naturaleza y su genio. Pero la última palabra de todo está en aquel que trae la vida, ordena al destino, cría á la naturaleza é inspira al genio.

Esas relaciones entre Dios y el hombre que él envía, tienen siempre algún misterio tanto más profundo cuanto el genio tiene más amplitud, y la acción de Dios, más potestad y plenitud. Ellos resisten al análisis.

Al revelar él mismo su relación inefable con Dios, su vocación y su naturaleza, su obra y su persona, Jesús ha dibujado un retrato suyo vivo y fiel, él ha dicho la palabra del enigma de su vida.

El espíritu desconfiado que quiere criticar semejante testimonio y traer lo que tiene de trascendente á sus estrechas fórmulas, no comprenderá jamás á Jesús, él no puede sino desfigurarle y disfrazarle. Para penetrar los seres que nos domi-